



## Cómo una pequeña revista reformuló los derechos humanos en Argentina

Kurt Shaw

En 2001, cuando la caída del peso argentino dejó a millones de personas sin trabajo, tres chicos se reunían en una esquina del centro de Córdoba para buscar la manera de echarles una mano a sus familias. Los hermanos Llanes limpiaban los parabrisas de los autos en un semáforo, mientras Hernán empezaba a experimentar vendiendo distintas cosas.\* “La gente comentaba cada rato que no tenía plata, que todo estaba mal. Era la época de los saqueos [de los bancos],” me contó Hernán. “Cuando nos subíamos a las ventanillas de los autos, la gente nos decía que no tenía plata. Aún así, se podían sacar monedas suficientes para llevar algo a casa”.

Su semáforo se encontraba entre el centro, una vez rico, y las *villas de miseria*, siempre pobres, cercano al lento río que atraviesa esta ciudad de dos millones de habitantes y en la carretera a la antigua *Universidad Nacional*. Todo el mundo parecía pasar por allí en algún momento. “Si querías saber qué estaba pasando en Argentina por aquel entonces”, afirmaba Hernán, “no había mejor sitio que aquel semáforo para enterarse”.

---

\* Traducción por Aida Ramos. Este artículo originalmente fue publicado como parte de un Festschrift para Ingo Richter de la Irmgard-Coninx Stiftung (Berlín, Alemania).

A medida que sus horas de trabajo se iban haciendo más y más largas, los chicos se fueron adentrando en la cultura tradicional de la calle: no sólo empezaron a frecuentar a otros chicos obligados a trabajar porque sus padres habían perdido su trabajo, sino también a niños y adultos que llevaban años (o incluso generaciones) en la calle. Esta nueva cultura les inculcó algunos malos hábitos – el consumo de drogas y alcohol, tan presente entre los sin techo de todo el mundo –, pero también les reportó algunos beneficios inesperados. Hernán pudo dar rienda suelta a su curiosidad intelectual con los habitantes de la calle, mientras que todos los chicos encontraron una revista: *La Luciérnaga*.

Pese a que fueron periódicos callejeros europeos como *The Big Issue* (Londres) los que inspiraron *La Luciérnaga*, sus editores adaptaron la revista al contexto latinoamericano. Siguiendo la larga tradición de los chicos de los periódicos, los adolescentes venderían la revista en lugar de los adultos sin hogar, y llevarían sus ingresos a sus familias. Periodistas voluntarios escribirían los artículos, para que los vendedores pudieran quedarse con el mayor beneficio posible. Durante la crisis económica, casi doscientos chavales vendían 40.000 copias de la revista cada mes, y Hernán y los hermanos Llanes pronto se incorporaron a sus filas.

Los chicos aprendieron que podían ganar más dinero – y conocer a más gente – si se dividían las tareas. Uno de ellos limpiaría parabrisas y otro vendería la revista mientras que el tercero descansaba; al final del día, se dividían los ingresos a partes iguales y regresaban a las *villas* tras una larga caminata. Hernán, inspirado por las palabras que vendía en la revista, empleaba su tiempo libre en leer; con las monedas que podía reunir compraba libros usados de Nietzsche, y luego los leía en la polvorienta plaza mientras esperaba su turno en el semáforo.

“Con el semáforo, hay unos treinta segundos donde o te puteas con las personas o comienzas a pulir los autos... no sé. Es muy complicado en el semáforo hacer una relación con alguien,” explica Hernán en un documental que él, algunos de sus amigos y yo hicimos sobre su experiencia en la calle. “Se trata de una moneda, o un no, o se prende la parabrisa. En cambio con las revistas te frenan un poco más, le comentas qué hacés, quién sos, que perteneces a algo.” Se aseguraba de leer la revista de cabo a rabo

cada mes, para así poder hablar con todo el que bajara la ventanilla. “La gente entonces me miraba diferente.... Aprendí a ver la revista como transformadora de la sociedad”.

Cuando pensamos en cómo las palabras pueden transformar la sociedad, pensamos sobre todo en su mensaje: los panfletos de Lenin, el periodismo de Upton Sinclair (quien destapó numerosos escándalos políticos), los poemas de García Lorca que inspiraron a los republicanos en España. Para Hernán, sin embargo, la prensa tenía un impacto más físico. Vendiendo la revista en lugar de limitarse a limpiar cristales, su mundo había cambiado: la gente lo miraba con otros ojos, le hacían preguntas, respondían a su contacto visual. La “transformación de la sociedad” no había llegado gracias a una nueva ley, y mucho menos a una revolución, sino gracias a un pequeño cambio de lugar. Hernán ya no estaba *fuera* de la sociedad, invisible y molesto; ahora su opinión y su voz importaban de algún modo.

Si sólo pensamos en estos chicos, “transformar la sociedad” podría considerarse una frase grandilocuente e inadecuada para los pequeños cambios de poder que se produjeron cuando ellos llevaron una revista al semáforo en lugar de una esponja. Permítanme que les dé un ejemplo mayor. En los últimos años, frente a una ola de delincuencia percibida (y a veces real), muchas ciudades latinoamericanas han contratado consultores profesionales de seguridad de los Estados Unidos, “expertos” con una supuesta panacea para la delincuencia y la violencia. Dirigidos por el *Manhattan Institute*, estos consultores han promovido un modelo de Tolerancia Cero supuestamente basado en el éxito que tuvo en Nueva York, pero en realidad mucho más represivo y menos orientado a la comunidad. La “delincuencia” ha reemplazado a la “Seguridad Nacional” en el centro de un sistema retórico, pero los resultados son a menudo similares a los que observamos en las dictaduras latinoamericanas de los años 70 y 80: desapariciones forzosas, restricciones de los derechos civiles, y la criminalización de la disidencia.

En 2005, el *Manhattan Institute* vino a Córdoba, ofreciendo la misma receta que había ofrecido en otras muchas ciudades. Bajo la teoría de que “... el desorden público, como

el graffiti, conduce a patologías sociales mayores si no se le atiende,”<sup>1</sup> estas políticas llevan a la criminalización de los sin techo y los negocios informales, a una mayor presencia de policías armados en las calles y a invasiones frecuentes de los poblados chabolistas. En una declaración formal, los consultores declararon que los niños de la calle y otras personas sin hogar dañaban tanto el tejido social que sólo podía considerárseles “terroristas urbanos”. El Ayuntamiento se preparó para llevar a la práctica sus recomendaciones.

En cuestión de días, las calles se llenaron de manifestantes: no sólo personas sin hogar y defensores de los derechos humanos, sino también la amplia mayoría de la sociedad de clase media. El alcalde no sólo se echó atrás en el represivo proyecto; propuso una serie de servicios sociales y micro créditos para quienes viven y trabajan en la calle. En los últimos seis años, he trabajado en muchas ciudades que proponían una política de Tolerancia Cero, pero Córdoba es la única que consideró y *rechazó* la estrategia. Para comprender el porqué, tenemos que prestar mucha atención a la percepción de Hernán de que la revista transforma la sociedad.

El contenido de la revista tuvo mucha influencia en el debate sobre la Tolerancia Cero: *La Luciérnaga* había publicado artículo tras artículo sobre la dinámica de la vida en los poblados y en la calle, así que sus lectores se solidarizaban con la grave situación de los más desfavorecidos. Sin embargo, aún más importante fue el *acto* de vender, ese breve instante que Hernán describe cuando el conductor baja la ventanilla y pregunta qué hay en la revista de este mes. El fundador de la revista, Óscar Arias, también aparece en la película que Hernán y sus amigos hicieron sobre cómo salieron de la calle:

*“Los niños, con sus revistas en mano, resignifican el contenido de La Luciérnaga. Leés un una nota que dice que desde un contexto de muchísima adversidad, tiene la capacidad de transformar su realidad positivamente. Lo leés, y después le preguntás, “¿Vos, tenés hermanitos?”*

*“Sí.”*

*“¿Y estudian?”*

---

<sup>1</sup> <http://www.manhattan-institute.org/html/ci.htm#03>, consultado el 19 de julio de 2007.

“Sí, todos estudian”  
¿“Y vos pagás los estudios?”  
“Yo les pago los estudios.”

La gente que caminaba por las calles y las galerías de la ciudad no aprendieron sobre la pobreza en términos abstractos: leyeron sobre ella, y después hablaron directamente con los niños que sufrían la exclusión.

Como el don en muchas culturas tradicionales sudamericanas<sup>2</sup>, la revista se convirtió en el catalizador de una relación entre dos personas o dos grupos que nunca interactuarían de otro modo. Las palabras de la revista y las palabras que inspiran entre el comprador y el vendedor rompen el *apartheid* de clases que rige gran parte de la Latinoamérica contemporánea. Las clases medias y altas llegaron a conocer a los pobres a un nivel que, si bien no era realmente igualitario, se aproximaba bastante a la igualdad, y llegaron a ver las virtudes y a apreciar la lucha de la gente de fuera de su conocimiento.

En la mayoría de las ciudades, la gente ve a los adolescentes pobres como delincuentes y pandilleros, como una amenaza para la ciudad, y este estereotipo sirve perfectamente al propósito de la represión. En Córdoba, cuando la gente pensaba en los adolescentes pobres, era distinto: pensaban en los jóvenes que les vendían *La Luciérnaga*. Conocían a muchachos buenos y trabajadores, muy lejos de los “terroristas urbanos” descritos por el *Manhattan Institute*. No sólo a pequeña escala, sino también a gran escala, Hernán tenía razón: la revista había transformado la sociedad.

---

Pese a que muchos de los adolescentes que venden *La Luciérnaga* son analfabetos y las escuelas de los poblados sólo enseñaron a unos pocos a escribir bien, el personal editorial soñaba con que los muchachos escribieran la revista. La editora, Eliana Lacombe, contrató a dos jóvenes periodistas para que la ayudaran a enseñar a un grupo de niños de la calle cómo convertirse en escritores, y empezaron un taller de comunicación que duraría cinco años. Los chicos aprendieron fotografía, crearon un

---

<sup>2</sup> Marcel Mauss, sociólogo y antropólogo francés, entiende el “don” como el comienzo de una relación entre personas o pueblos que de otro modo estarían segregadas por idioma, clase, historia... (N. de la T.)

programa de radio, y más tarde hicieron una película documental de una hora de duración, pero todos los involucrados estaban de acuerdo en que la lección más importante (y también la más dura) era trabajar con las palabras.

El acto de escribir es comunicación, el acto de escribir es política. Los vendedores de *La Luciérnaga* también demostraron que escribir podría ser la semilla de una relación entre personas que viven en distintos lados del muro económico. En el taller de comunicación, Hernán y sus amigos también aprendieron que la escritura podía *mediar entre el escritor y su interior*, que las palabras proporcionan la distancia crítica que permite pensar a un niño. Al escribir para la revista, representándose a sí mismos y a la gente sobre la que escribían, el periodismo se convirtió en el espejo en el que podían mirarse a sí mismos y al mundo con nuevos ojos.

El periodismo – es decir, el buen periodismo, algo cada vez más difícil de encontrar en Occidente – obliga al escritor a salir de sí mismo, a ver el mundo con otros ojos.

Lacombe, la editora de *La Luciérnaga*, describía la experiencia con estas palabras:

*Se dejan de ver como sujetos de compasión, y empiezan a verse como actores, como gente que tiene para dar... Dejan de verse como pobres chicos que son víctimas de todo y empiezan a ver que en la sociedad, hay muchos problemas, y... queremos denunciar lo que está pasando. No están denunciando lo que está pasando a ellos, sino lo que está pasando a otros... Es un desanclaje muy importante para empezar a vivir la sociedad desde una perspectiva de protagonismo. "Me importa el otro".*

Los jóvenes periodistas grabaron sus entrevistas y luego se sentaron a transcribir esas palabras y a transformarlas en una historia. En el proceso, sus dedos tomaron la identidad de la abuela pobre de su barrio, del oficial de policía patrullando el centro de la ciudad, incluso la de estrellas internacionales de la música de gira como Manu Chao. Como dijo Lacombe, aprendieron a sentir empatía por estas personas a medida que escribían palabras acerca del otro con sus propias manos. Al mismo tiempo, viendo el mundo con nuevos ojos, habían descubierto la experiencia que Kant llamaba *paralaxis*: un cambio aparente en el objeto debido a un cambio real en el sujeto. Para Kant, puesto que el *noumenon* u objeto en sí mismo está oculto siempre y para siempre, la *paralaxis* era el único modo de acercarse más a la verdad: no puedes acercarte al objeto en cuestión, pero puedes verlo desde diferentes perspectivas, experimentarlo de distintas formas.

Cuando salían de su propia perspectiva, los jóvenes periodistas experimentaban exactamente ese sentimiento.

Hernán encontró las palabras para describir esta transformación en el vocabulario del cine. “Frente a la cámara sientes una responsabilidad,” me dijo al final de nuestro trabajo juntos. “Estás enseñando algo a otra gente, y eso significa que es serio. Tienes que pensar mucho, examinarte a ti mismo, preguntarte cómo tu vida impacta en la de otras personas”. La cuestión no es solo, como dice Lacombe, que el otro se convierte en alguien importante para el niño de la calle, *sino que el niño de la calle se convierte en alguien importante para el mundo*. Se hace importante, visible.

Trabajar con palabras es, de hecho, liberador de la posición de víctima, del limitado mundo de exclusión de los poblados chabolistas. Pero al mismo tiempo, el escritor se une temporalmente a otra persona, y ve el mundo desde otra perspectiva. Al final, mediante la escritura, esta nueva perspectiva se vuelve importante para las personas que leen en las calles de Córdoba; les enseña algo nuevo.

En términos kantianos, *La Luciérnaga* trabaja por la trascendencia: para trascender los muros que separan a las clases en Argentina (tanto a través de las palabras como a través de las relaciones individuales), pero también para trascender la perspectiva limitada mediante la cual ve cualquier persona. No podemos acercarnos más al mundo como *noumenon*, pero podemos mirarlo desde acá y allá, aprendiendo algo nuevo cada vez.

“¿Qué aprendí de Nietzsche cuando me sentaba en el parque, esperando mi turno de lavar coches?”, pregunta Hernán en su película. “Aprendí que puedo superarme a mí mismo. Aprendí que tengo que ser protagonista de mi vida, no una víctima”. Si se me permite corregir ligeramente a Hernán, no creo que aprendiera todo eso de Nietzsche. Creo que lo aprendió leyendo las palabras de Nietzsche, y después vendiendo palabras escritas en una revista mientras intercambiaba palabras orales con personas de otras clases sociales. Incluso en una sociedad tan “post-literaria” como la nuestra, las palabras aún importan.